





# Paisajes de la capitanía general

Jorge Polanco



*Paisajes de la capitania general*

Jorge Polanco

© Jorge Polanco, 2022

© Komorebi Ediciones, 2022

Colección Surco de fuego (narrativa)

Primera edición: julio de 2022

ISBN: 978-956-6102-10-6

Imagen y diseño de cubierta: Maite Naranjo

Ilustraciones del interior: Jorge Polanco

Diagramación: Pedro Tapia León

Komorebi Ediciones Ltda.

Los Laureles 075, piso 2

Valdivia, Chile

[www.komorebiediciones.cl](http://www.komorebiediciones.cl)

Impreso en Chile por Andros Impresores

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile y en el exterior sin autorización previa de la editorial.



PROYECTO FINANCIADO POR EL  
FONDO NACIONAL DE FOMENTO  
DEL LIBRO Y LA LECTURA,  
CONVOCATORIA 2020.

# **Paisajes de la capitanía general**









Aquí se trata de mantener la soledad a todo fuego  
De amarrarse de espaldas a los árboles y empezar a crecer.  
Si tú quieres venir ¡ven!

Yo te digo  
Caminamos rodeados de ojos tristes  
bajo el paisaje destruido para siempre  
Donde los hombres denigrados se durmieron  
con una gota de sangre entre los labios

Raquel Jodorowsky “Los cantos del odio”



# **Familia militar**



## Los niños cosacos

Me echaron de la fiesta. Con la borrachera, descubrieron que había sacado algunos cassettes de música. Casi me golpean. La vergüenza duró un tiempo. Hice el ejercicio de no ver a los vecinos por años. Les quité el saludo. Pero también dejé de leer el libro que comencé en esa época (aún no lo termino). Fue el costo de la culpa por mi comportamiento, la huella silenciosa localizada en un objeto. Al mismo tiempo, una venganza. Esos compañeros de juegos, hijos de marinos, reproducían sus ambiciones y violencias con los amigos cercanos. No guardo especial afecto al barrio, mejor dicho, hacia ellos, y se nota. Sí a los que llegaron después, a los de la población que seguía a la nuestra. Hijos de maestros, carpinteros, y otros oficios. Los niños cosacos, pobres con ventaja, les gustaba exhibir los logros de sus padres. Mostraban los regalos en la calle apenas los recibían del extranjero.

Uno de ellos, que durante una parte de la infancia lo pensé como un amigo, era un delator y un violador en potencia; o dicho de manera correcta, lo era, a secas. Atando cabos y confesiones de vecinos, se supo que cuando tenía doce o trece años, llevaba a un niño de cuatro al cerro a que le practicara sexo oral. Pasados los dieciocho, se fue a Canadá. Lo vi pasar una vez en un auto, y recordé que la madre lo castigó al frente mío. Le puso pantalones cortos y con el cable del alargador, doblado en dos, comenzó a lacerarle las piernas. En otras ocasiones, mojaba la toalla y le daba por todo el cuerpo. Sin darme cuenta, asistí a pequeñas sesiones de tortura, naturalizadas como procedimientos de enseñanza. Fernando —no se llamaba así, pero esto no se trata de una nueva delación— lloraba para que su madre sintiera lástima. Era su estrategia. Y, luego, se reía. Estaba entrenado. Los golpes que recibía los replicaba de una manera sutil y mejorada contra los niños más pequeños.

A la mayoría de estos vecinos les ha ido bien. Adaptados y, sobre todo, felices. La hermana menor de Fernando vende Herbalife; apuesta por las “clínicas de salud”, la vida fitness y está casada con un militar. Evaluando mejor lo dicho, esta observación positiva puede ser unilateral y excesiva. El padre de uno de los vecinos apareció en el jardín arrodillado. Mi viejo lo fue ayudar, alarmado por los gritos. En el último momento de conciencia, murmuró que había bebido soda cáustica. Estuvo una semana en coma y murió. Tenía deudas siderales y extrañas. Compulsivo, ingenuo y consumidor, se endeudó hasta más no poder, siguiendo los mensajes de felicidad que llegan todos los días. Esa generación de padres ejercía oficios artesanales hoy casi anacrónicos. Eran captados entre los 13 ó 14 años por la “familia militar”, con la esperanza de tener lo básico: salud, pensión, alimento y beneficios sociales. El costo: violencia, maltrato, agresividad contra la familia nuclear. El entrenamiento llevado a casa. La educación permite la asimilación adecuada a los shocks del mundo adulto; es decir, capacitación en las competencias y la resiliencia. La familia: preparación para el cuartel; el cuartel: preparación para el éxito en sociedad. No se ha hecho todavía un estudio de las “torturas” antes de las torturas y del “beneficio” que éstas permiten en la sociedad actual.

## Familia militar filosófica

No nos hablaba. Partía la clase con una frase en griego y luego la desglosaba con lentitud. Un fragmento del *Sofista* de Platón, por ejemplo. Con la solemnidad de un sacerdote, las letras iban ganando sentido en el idioma original. Nosotros, la mayoría estudiantes de provincia y primera generación que ingresaba a la universidad, con suerte habíamos aprendido algunas palabras en inglés. Salvo a una compañera, que había estudiado en el Colegio Alemán, el maestro no respondía preguntas ni aceptaba comentarios; y cuando alguien quería intervenir, hacía como que no escuchaba. Éramos unos bárbaros, supongo. Teníamos que ponernos de acuerdo, pasarle las preguntas a nuestra compañera, y esperar a que llegara la iluminación.

Así se enseñaba Heidegger. Un sometimiento a pautas de lecturas, el respeto religioso al texto y al profesor que dominaba en varios idiomas el libro, el gran libro, *Ser y Tiempo*. Esta práctica coincide con un aprendizaje de larga data en Chile; la escuela del sometimiento a una hermenéutica de la violencia, cuya imagen radical proviene de la adoración por una cultura europea superior y el menosprecio de la situación concreta de donde surgen los discursos y, por qué no decirlo, los sueños. Esa enseñanza del lector adusto tiene sus rigores y, quizás, sus beneficios; también manifiesta la expresión de una raigambre más amplia: la religión como matriz que se inserta en la filosofía, el culto por una autoridad que controla y repite a los grandes maestros, el rito de ningunear al ignorante estudiante chileno. La familia militar filosófica también tiene su memoria histórica.

Pero esta forma no solo se muestra en la consuetudinaria enseñanza de la filosofía que, creo, se está acabando. Una vez vi a ese “maestro” salir a marchar por la educación pública y pasar por revolucionario junto a las nuevas generaciones. Ojalá haya sido así: que su adoctrinamiento de los noventa fuera desplazado por los aires del dos mil. Esta situación llega al hartazgo cuando has visto a

las personas envejecer y, en tan solo diez años, aumentar sus rasgos convirtiéndose en caricaturas de sí mismos; fascinados por comprenderse como un personaje más en este circo desolado y triste, donde todos entramos de algún modo a la carpa cuya escena principal dice: “neoliberalismo”. Risas que apelan a un vacío entre el adoctrinamiento y el aparente juego de la transgresión que, con el paso del tiempo, se va cristalizando en un nuevo autoritarismo.

Digo esto último porque pareciera que existen dos formas insistentes de perpetuar la memoria y el olvido en Chile: la estructura de la represión y la del Golpe de Estado. Los sueños se prolongan en el tiempo; se anclan a un inconsciente material que se muestra en las prácticas cotidianas. Se puede soñar la violencia, apostar por el lugar del represor, aprender a golpear con gozo. Nos falta mucho análisis, como decía, acerca de este legado, y también sobre las respuestas a imagen y semejanza —ocupando una expresión religiosa— de esta violencia que a la vez repite su lógica en el ámbito cultural. Agudícese la mirada, por ejemplo, sobre esta misma crónica, que repite el gesto del choque.